Domingo 24 octubre 2004
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Lc 18,9-14

Justificados por pura gracia

Una enseñanza firme del cristianismo es que nadie debe considerarse justo ante Dios y exhibir sus méritos ante Él. La verdad sobre el ser humano es esta: "¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?" (1Cor 4,7). Todo lo hemos recibido. Pero entre todas las cosas que hemos recibido la más inalcanzable para el hombre es la justificación. Ésta es la que nos obtiene la salvación; ésta es pura gracia inmerecida. En efecto, cuando los apóstoles, ante una afirmación de Jesús sobre la dificultad de entrar en el Reino de los cielos, asombrados, le preguntan: "Entonces, ¿quién se podrá salvar?", Jesús, mirándolos fijamente, responde: "Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible" (Mt 19,25-26).

Jesús vino al mundo para ofrecer su vida en rescate por todos, porque "todos pecaron" como explica San Pablo: "No hay diferencia; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios. Y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús... ¿Dónde está, entonces, el derecho a gloriarse? Queda eliminado" (Rom 3,22.23-24.27). Jesús vino al mundo para salvación de los pecadores: "No he venido a llamar a conversión a los justos (que no hay ninguno), sino a los pecadores (todos los seres humanos)" (Lc 5,32).

En el Evangelio vemos que Jesús tuvo que sufrir a causa de esta actitud suya: "Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban contra él, diciendo: 'Éste acoge a los pecadores y come con ellos'"(Lc 15,1-2). Obviamente, los que así murmuran se consideran justos y, por este motivo, desprecian a los demás, a quienes consideran pecadores. Para ellos Jesús propone la parábola que nos presenta el Evangelio de hoy: "A algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás les dijo esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano". En el modo como cada uno ora, queda en evidencia que uno se considera justo y desprecia al otro, y el otro se reconoce pecador y no desprecia a nadie, sino a sí mismo.

El fariseo ora de pie exhibiendo ante Dios sus obras, considerandose justo y superior a los demás hombres a quie-

nes cataloga como pecadores: "¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias". El publicano, en cambio, no se atreve a alzar los ojos al cielo, se golpea el pecho en penitencia, reconoce que es pecador y que sólo puede esperar en la misericordia de Dios. Él ora así: "¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy un pecador!".

La escena que Jesús describe en la parábola seguramente era familiar para todos los que le escuchaban. Lo que es absolutamente nuevo es la conclusión: "Os digo que éste –el publicano- bajó a su casa justificado y aquél –el fariseono". Debemos concluir que la justificación se obtiene implorandola de Dios como una gracia. La justificación se nos concede no por nuestros méritos, sino por los méritos de Jesucristo. Él es el único justo, el único que puede hacer valer sus méritos ante su Padre; por sus méritos –su pasión y muerte en la cruz- se nos perdonan los pecados y somos hechos justos: "Él soportó el castigo que nos trae la paz, y por sus moretones hemos sido curados" (Is 53,5).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción